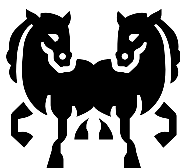
BALBUCEOS EN UNA MISMA DIRECCIÓN



Laura Wittner

BALBUCEOS EN UNA MISMA DIRECCIÓN





Gog & Magog

POESÍA

Balbuceos en una misma direcció / Laura Wittner. - 1a ed . -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires:
Gog y Magog Ediciones, 2011. ; 20 x 14 cm.
ISBN 978-987-27303-2-1
1. Poesía Argentina. I. Título.
CDD A861

Ediciones
Gog y Magog

email: gogymagogpoesia@gmail.com
Buenos Aires
2011

Balbuceos en una misma dirección

Balbuceos en una misma dirección

Todo es un poquito raro.
Juan Lima

E tutto è molto strano.
Eugenio Montale

1
Las cosas enrarecen
a la primera de cambio.
Un empujón magnético
–invisible, indoloro– ya desfasa.
Un cambio de jerga que tapa un conducto
abre otro y transfiere
el escenario entero al contexto de al lado.

Y allí, tras las paredes de papel,
queda el sentido, bamboleándose.

2
Se esconden, los sentidos,
unos detrás de otros. Hacen cú-cú
en esa larga fila de metamorfosis,
signos leídos a velocidad

y sonidos que un instante son sutiles
y al siguiente, monstruosos
(como los que entran, de noche,
por un solo lado de la almohada).

3
Además: el pacto de credibilidad.
Todo, un día, es lejano; se piensa
en la especie humana como en "ellos".
Se les admira la organización,
el ingenio en inventos
como el cochecito de bebé,
el colectivo, la heladería artesanal.

Otro día hasta ese aroma eléctrico
a simulación de pan casero
ennoblece el curso que hemos dado en seguir
(nosotros, los cositos
surgidos en la Tierra).

4
Estos traspiés
entre lo que se esperaba y lo que es.
Ver un momento, solamente,
de la larga vida ajena:
sentados en la puerta de su casa
toman cerveza mientras baja el sol

y por mascota ahí nomás tienen pastando
una vaca, un caballito, un pony.

5
Lo falso siniestro.
Las sombras con perfil de monstruo
remodeladas ante cualquier luz,
las amenazas convertidas en picnics,
el día de pánico en vano
archivado junto a tantos otros.

6
Igual que la burbuja –que es perfecta
cuando surge y sabe equilibrarse
de los labios al aire y ascender
seductora, reflejando el universo
hasta que deja de disimular
su condición de frágil detergente
para, con veleidades de espejismo,
unirse al aire, dejarse tragar
por ese medio graso y agresivo,
pesado hasta la sordidez
que se había ofrecido a sostenerla–
es el impulso, la voluntad.

7

Qué caos.
¡Qué cacho...!
¿Qué cazzo...?

El campamento está armado en la frontera
pero también la frontera es imprecisa
y además, claro, es sólo un campamento.

Síntoma

Durante la primera proyección
el ancla –el punto mágico y pesado
que comprime los diálogos, las imágenes, la música–
leva sola. Se va flotando por la superficie
cuando el espectador maniobra, torpe,
por sobre la sorpresa
y preprograma la fetichización:
ya sabe qué le hará sentir
la banda de sonido durante un viaje en auto
y sabe en qué lugar colgará el póster
cuando por fin lo encuentre,
después de algunos meses de buscarlo. O años.
Así se desmonta un mecanismo
fundamental. Sus elementos, disgregados,
no sirven para mucho.

Mi lado del diálogo

Está bien; pero cuando atravesábamos paisaje
árido o húmedo, industrial o bucólico,
bajo cielos turquesas o el efecto de drogas
la muerte y la enfermedad estaban lejos.

Basta, además; tanta preparación teórica
para lo que hay que decir, que nunca es mucho.
Dos cosas: ser amables los unos con los otros;
en el círculo íntimo, divertirnos, gozar.

Es que fugaz es todo.
Pasa que cobra peso en la memoria.

Mirá, no lo reenvíes.
Lo que te estoy diciendo te lo digo sólo a vos.

Oí:

Calladita la boca
en el corazón de una ciudad:
martilleos, mazazos, piares,
medias lenguas, metales del almuerzo;
se ronca, se silba, se pone la radio
a cualquier hora y a cualquier volumen,
se le da con ganas al teclado, se llora,
se oye llover
como quien oye llorar,
se respira despacio, se oye
cómo respiran las paredes
(aun azulejadas)
así como en el campo
respiran los caballos quietos
y los árboles de tronco pétreo
y respiran, en realidad, las piedras
en una orilla y hasta hablan
–dicen una, dos palabras.

Por qué insistimos con los viajes

Los postes del alambrado se suceden
dentro de los límites que el dedo desaguó
en el vaho del vidrio: son segundos
en la acechante línea temporal, guiones
en la línea espacial junto a la ruta,
guiones son segundos son guiones, un viaje
tranquiliza por un rato, propiciando
que avancen juntos el espacio y el tiempo.
Que pase el tiempo, que pase el espacio,
que pase uno por el tiempo y el espacio,
suspirando por fin:
esto tiene
más sentido.

Esta mañana

Una niebla casi sólida gira
alrededor de la casa.

Se pega al vidrio como bestia ciega
después decide dar la vuelta
y acecha desde la reja del balcón.

El cielo que vaciaba vuelve a su celeste.

Y también las palabras andan a empujones.
Por etimología, por contexto,
porque connotan a lo loco.

Al rato también esto pasa.
El cielo que vaciaban vuelve a su color.

Clic

El momento en que la luz varía
pegando un chasquido en sus caras
(suspendiendo el ardor)
y el momento en que desiste
dejándolos seguir sin ella
lúcidos y concentrados
en el mecanismo muscular
el entredicho de articulaciones
que hace que puedan avanzar
oyendo agua, remos, costas
alrededor, adelante, atrás.

La pareja invernal

Montaron su pequeño universo
dentro del auto frenado en la esquina.
Se dicen cosas, se ve que hablan,
resulta todo muy satisfactorio,
un núcleo duro entre lo blando:
polarizado, alientos y calefacción

                    –no desempañen:

                                esa cápsula es mágica
                                mientras siga difusa.

Sábanas frescas, toallas limpias y papel con membrete

Tomá, acá te dejo las llaves
y lo que soy y tengo queda atrás.
Cuidame todo que ya vuelvo o ya no vuelvo.
Acá te dejo las llaves.

Cómo hacer cosas con palabras

El zeide Aarón, en sus últimos años,
me compró el María Moliner,
el Simon & Schuster's y el Garzanti,
y en el cauce ídish del porteño
con un beso y un abrazo, sentenció:
"No te entregues tan fácil".
Do not go gently. Rabia y risa, y después
cartas vía aérea con su letra trabajosa.
Y a la vuelta, almuerzos sencillitos
en el silencio austero de su departamento.
Se murió, claro. Yo ahora hago buen uso
de las palabras que se ocupó de conseguirme.

El zeide Leo, a mis ojos,
vivió entre pajaritos enjaulados
y máquinas de coser.
No me habló: pero puso mi nombre
en hilo rojo de bordar, en gran cursiva
en una bolsa de tela azul marino
que se ocupó de fabricar.
Él se murió; yo seguí usando
la bolsa unos dos años más.
El zeide Leo, entonces, dice *Laura.*

La bobe Elena: “Tu papá está grave.
Esa verruga es venenosa.
Es un secreto entre nosotras.
No lo fastidies”. ¡Mentira!
Cantó, jugamos,
me mostró qué tiene de importante
la forma en que la luz decide
atravesar cada grupo de hojas
en hileras de árboles,
me convirtió al chocolate de taza
y me mintió.

La baba Etia. ¿Qué palabras...?
¿Cómo armamos tanta cosa en siete años?
¿En qué tonos y voces?
Cruce fugaz, pero fulminante.
Sólo puedo citar: “No aguanto más.
Nunca voy a salir de este hospital”.
Yo hui por un pasillo blanco
oníricamente interminable.

Versión

Una voz de mujer en inglés va creando palabra por palabra
sobre el cordel de una música querida, de otro tiempo.
Llena el mundo de placer y ordena
estos quince minutos que dan paso a la noche
(es casi de noche: es de noche)
como dos manos que aquietaran, dieran forma
a la masa con que se hará el pan.
Es casi imperceptible pero es perceptible
el momento en que la beba se duerme.
Un cambio en su peso. Afuera
nubes que pasan rapidito como volviendo en subte
del trabajo; pero en ese momento
(el del cambio de peso) se impone una más lenta
con forma de hombre recostado
en una reposera en una playa vacía
donde un sol benigno lo tiene levitando
hasta que cambia, perceptible, de peso,
y empieza a circular (dormido)
por el cielo. Bueno.
Algo que puede ser descripto
de tantas otras formas.

Debajo de la sombrilla

Debajo de la sombrilla
varias tortugas moldeadas en arena
se yerguen e inician su camino hacia el mar.
Apuntando, tal vez, en dirección opuesta
nudos de histéricos cangrejitos negros
patalean al violento vaivén
de un baldazo de espuma estancada.

Vemos a otros –en fin: a nuestros hijos–
ocupar diestramente el espacio
reservado para momentos fundantes:
tomar la ola de frente,
dejarse mojar
los pies por lo que viene y va;
vencer el frenesí, flotar,
hundirse poco a poco en arenas movedizas,
emerger.

¿Quiénes nos creemos
al sol y desvestidos,
revolcados en los torrentes del amor?
¿Ambiciosos directores de una escena sobreexpuesta
manoteando recursos, utensilios?
O mejor: responsables
de, con un crudísimo presente,
ir armando el álbum de recuerdos.

Madre e hija

En la hora violeta
llegan los pájaros y empiezan los ensayos
de patinaje aéreo.
Se entremeten en múltiples pinos
o se apoyan en cables combados
donde nunca se logra el equilibrio
y hay que estar hamacándose:
un movimiento chico
como de flotador en el oleaje
pero entre pico y cola. Qué será
lo que les dice "ya"
cuando de a grupos zarpan
hacen su ronda al ras
y vuelven a su sitio sin jamás un error.
Qué habrá sido lo que hoy
cuando salimos a mirarlos
le indicó a uno de los grupos que debía
lanzarse hacia nosotras fulminante
y deshacerse por sobre el balcón
a la manera de un fuego artificial.

Con Miguel

Aunque la luz de este momento sea un desconsuelo,
un relumbrón quemante que nos hace entender
por qué los amplios campos de pasto chamuscado,
que nos hace nombrar y querer ver
verdes campiñas –no sé, escocesas, provenzales,
algún terreno saciado de agua, mundos mullidos,
interesados, deseosos de crear, de no morirse–
el momento en sí mismo parece valioso,
se perfila poético, simbólico.
Partir terreno en dos con un auto frío,
que por fuera se enfrenta al viperino calor
sin más arma que un vulgar plateado;
que por dentro nos oye susurrar descripciones
o advertencias ("van los dos pájaros delante de nosotros",
"¿son ésas viñas bebés?") y acuna a nuestros niños
en el mullido mundo del asiento de atrás.

La fiesta

Levantaron la compuerta del baúl
y salimos arando hacia el fondo del cielo.
Carreras, equilibrios y verticales-puente
en ámbitos que se levantaban y caían
a nuestro paso, según nuestra voluntad:
galerías con arcos y columnas,
infinitos gimnasios con pisos de madera,
tinglados ásperos con reverberaciones,
y así...

Figuras finas y flexibles, fuimos, en esa tela inmensa
donde el mayor esfuerzo del pintor había estado en la luz:
llegar al tipo exacto de luz con el óleo
y de paso atrapar la blandura del aire;
el punto exacto, en óleo, de esa consistencia.

A los grandes los volvimos a ver
dos o tres veces a lo largo del día.
Por el momento no eran más que una idea
o varios pares de sombras demarcantes:
esto es centro, esto es suburbio y lo del medio es no-terreno,
sin saber que tragábamos aire casi ilegalmente
de y en cada una de esas franjas
siempre a punto de pasar a ser otros.

Todo cambió cuando corrieron el toldo con la noche.

Sin la velocidad de los espacios abiertos
nos subsumimos en zonas apretadas,
pozos a compartir con las luciérnagas.

Tanta luciérnaga en los ojos,
tanta humedad y reflejos estelares
–como el confeti o el rocío de sal,
o ese humo abrillantado de las grandes explosiones–
funden los cinco sentidos en un sexto.
Pispeamos desde ahí a nuestros padres en sombras:
y resultó que se habían puesto a administrar
una fluida intimidad en la que cada recoveco
servía de altarcito para un símbolo.

Tierna es la noche, parece, nos dijimos.
O qué nos podemos haber dicho.

Salvo que sí, hay una subcorriente
nocturna, como en cualquier día de playa
bajo la sólida costa, por las venas iodadas
transcurre lo decapitado en general.

Índice

OTROS TÍTULOS

POESÍA ARGENTINA
Preinsectario. Lucía Bianco
Las cosas a descansar. Laura Lobov
Transformaciones. Julia Sarachu
El gran furcio. Miguel Ángel Petrecca
Pequeñas urnas. Francisco Garamona
El cielo de Boedo. Daniel Durand
Affidávit. Daniel Pinkus
Travelling. Vanina Colagiovanni
Extranjeras. Florencia Fragasso
Que contiene láminas. Francisco Garamona
Botánicos. Walter Viegas
hacer sapito. Verónica Viola Fisher
Prendas. Carlos Godoy
Rosario. Alejandro Rubio
Paniagua. Martín Rodríguez
Trilogía sacra. Juan Desiderio
Un catálogo de todo lo que hay. Paz Levinson
El estero. Martín Armada
Camino de vacas. José Villa
La casa de la abeja. Laura Lobov
Las bellezas del lobo. Julia Sarachu
El Maldonado. Miguel Angel Petrecca
Ruta de la inversión. Daniel Durand
Sala de espera. Vanina Colagiovanni
Tanque australiano. Marcelo Leites
Poemas de superficie. Guillermo Neo
Warnes albergue. Mariana Bustelo
Sirenas en la cama. Vanna Andreini
Ruta 2. Fernanda Nicolini
Como un zumbido. Damián Ríos
Agua negra. Martín Rodríguez
Sobrantes. Alejandro Rubio

Mingus o muerte. Rodolfo Edwards
Andinista. Bárbara Belloc
Libro chino. Cecilia Perna
Una explicación para todo. Darío Rojo
La construcción. Natalia Fortuny
Tierra en el aire. Osvaldo Aguirre
Las atracciones. Florencia Minici
El libro de las formas que se hunden. Mario Ortiz
Lo último que se esfuma. Vanina Colagiovanni
Un pedazo de atmósfera. Marina Gersberg
Balbuceos en una misma dirección. Laura Wittner
Falsa estepa. María Paz Levinson
Me encantaría ser un animal. Ezequiel Alemián
La ola de frío polar. Marina Yuszczuk
Las piedras. Diego Vdovichenko
Patio de locos. Andrés Neuman
La contingencia. Alicia Genovese
¡Párense derecho! Eduardo Ainbinder
Viaje sentimental. Sandro Barrella
Lugares donde una no está. Laura Wittner
La línea del desierto. Alicia Genovese
Bildungsroman. Marcelo D. Díaz
Melliza. Florencia Fragasso
Les poetas. Antologia Premio Poesía Bienal Arte Joven 2019
Ley de conservación. Mariana Spada
Traducción de la ruta. Laura Wittner

POESÍA LATINOAMERICANA

La Tirana-Los Sea Harrier. Diego Maquieira
Escritos a la luz de las cosas que no se ven. Nicolás Alberte
Un náufrago jamás se seca. Fabio Morábito
Poemas. Augusto de Campos

Ravenalas y otros poemas. Horacio Costa
Impar. Renato Rezende
Sólo sé que seresmos destruidos. Enrique Lihn.

TRADUCCIONES

Todas las palabras para decir roca. Gary Snyder
Donde está mi patria. Pier Paolo Pasolini
El fin comenzará por los suburbios. Peter Semolic
El imán del poeta. Simon Gregorcic
Poesía eslovena contemporánea. Antología
La lengua de las humaredas. Pierre-Albert Jourdan
Metulji/Mariposas. Brane Mozetič
Las odas inacabadas. Aleš Debeljak
La moneda de plata. Alojz Ihan
Mujer ajenjo. Svetlana Makarovič
Ventanas altas. Philip Larkin
Banalidades. Brane Mozetic
Puede pasar cualquier cosa. Jana Putrle
Las tetas de Tiresias. Guillaume Apollinaire
Infierno. Dante Alighieri
Poesía en holograma. Edvard Kocbek
100 poemas chinos contemporáneos. Antología
No palabras. Taja Kramberger
A ciento ochenta grados. Samira Negrouche
Una ciudad blanca. James Schuyler
Me va a encantar el siglo XXI. Mark Strand
Abrir una caja. Richard Gwyn
El hombre cuya mano izquierda pensaba que era un pollo. T. Atkinson
La materia de este mundo. Sharon Olds
Antología crítica. Francis Ponge
La habitación sin barrer. Sharon Olds
Por manos mortales. Biancamaria Frabotta

Se terminó de imprimir
en 2011